

ban del suelo. Después de buen trecho llegamos al parage llamado Rancho Viejo; que en realidad es el resto de un ranchito que hubo allí para comodidad de los azufreros, el que fué destruido por los aires, no quedando de él mas que cuatro ó cinco estacas fijas en el suelo que se levantan como vara y cuarta sobre la nieve. Dejamos este resto á nuestra izquierda, mientras que los azufreros para ir al malacate lo dejan á la derecha.

Allí empezamos á subir dirigiéndonos hácia el Sur, por donde nuestros zapatos no teniendo nada con que agarrarse resbalaban á cada rato: andando así pasamos cerca de un abra ó hendidura, que podrá haber tenido cerca de 50 metros de largura, con 60 centímetros en su anchura mayor, y parecía ser muy profunda por lo negro que presentaba.

En este parage observé, una cosa muy singular; una grande abispa, que los mexicanos llaman *jicote*, iba volando sobre las nieves lo mismo como sobre las yerbas y las flores; y fué el único insecto que observé en aquel lugar; pero ví unos cuervos que iban graznando y volando hácia el cráter; tal vez tendrían enaquellas inaccesibles rocas sus nidos.

Un poco mas adelante, dos de nuestros compañeros, se cansaron y perdieron la moral; y como si fuese una cama de plumas, y caliente, se tiraron tendidos sobre de la nieve, á distancia como de doscientos pasos uno del otro. Yo me quedé cerca del que estaba mas abajo confortándole y alentándole á subir ó volverse al arenal y salir del peligro; pero viendo que todas mis razones eran vanas, puesto que nada escuchaba, renegando con énfasis del guía y de los que le habian hecho subir; y como él decía: "¡Para hacerme ver nada mas que nieve!" y luego: "¡Quitarme de las como-

didades de mi casa, y al cariño de mis parientes para hacerme morir aquí y rabiando!" Esta última frase fué acompañada de lágrimas, y de cierto canto muy parecido al de los niños que lloran. Entonces, dejándole allí, me fuí hácia al otro, el cual habíame adelantado mucho, subía agarrado del palo del guía, que íbale casi arrastrando y llevando consigo. El primero, hallándose solo, se levantó, y aunque de muy mala gana, procuró seguir á los otros. Entonces me esforcé cuanto pude para alcanzar á los que me precedían, quienes hallábanse ya mucho mas arriba.

La subida hacíase mas dificultosa: la nieve era mas alta y distribuida de un modo muy singular. Se rompía un cristal de hielo, entre 3 y 8 milímetros de espesor; bajo del cual había aglomeraciones de cristales parecidos á yerbas, surgiendo de una capa muy espesa de nieve en la cual hallábanse tambien láminas de yelo: los piés, al romper esta formacion, producían un crujido como si hubieran pisado vidrios. Aquello era muy molesto; pero admirable, muy difícil de describir: Sin embargo, me ensayaré daros una idea algo aproximada; imaginaos que de una capa espesa de nieve, salga un sembrado de clavelinas ya cerca de su enflorascencia, mediando entre planta y planta un intervalo de 4 ó 5 jemes, algunas veces mayor, y muy á menudo menor; distribuidas con bello desórden y cubiertas de caprichosas telarañas, siendo estas como aquellas de un vidrio clarísimo y reluciente: ahora, pongáse sobre estas plantas una lámina muy estensa igualmente de vidrio puro y algo apagado, y tendremos aquella especie de invernáculo, en donde la naturaleza cria y conserva aquella vegetacion de cristal.

Esta nieve y yelo se habia concentrado y espesado mu-



cho, y vueltos mas fuertes los cristales: aquello era muy resbaloso y fatigador. A pesar de deber quebrar con la punta del pié los cristales, y hacer el agujero para encajarle y repetir lo mismo con el otro pié á fin de poder dar pasos y subir; mis piés se habian entumido talmente de frío, que parecíame mover pedazos de piedra; ademas, hallabanse empapados en agua.

La direccion que el guía habia tomado no era, como ya hice observar, la del Malacate, que es la que toman constantemente los azufreros para ir al cráter; él se dirigia mas bien hácia el punto mas culminante que vemos desde México. Antes de esto, habia notado que estaba continuamente hablando con el peon, pero en idioma mexicano que ninguno de nosotros entendia, lo que hizome varias veces pensar si nos jugarian alguna broma pesada.

Unas nubes que teniamos á Nordeste, iban variando continuamente de forma, cuyas bases ya bastante oscuras, y mas bajas que nosotros, habian formado unos colgajos hilachosos que estaban en continuo movimiento; cuando, se formó pegado á las nieves y algo sobre de nosotros una nubecilla, que estendiéndose con mucha rapidez de todos lados nos cubrió y envolvió; sopló un aire algo recio, que llevándose, ó mas bien haciendo rodar los cristales de yelo que no estaban bien adheridos, y los que habíamos quebrado con los piés, produjo un ruido extraño; cayeron unos cuantos granitos muy pequeños, compactos y transparentes, lo que no era nieve, sino granizo. Esperábame de un momento á otro ver el relámpago, oír el trueno; afortunadamente nada hubo de esto, no fué mas que una burla para asustarnos. Sin embargo, el guía, aprovechando esta circunstancia, nos hizo retroceder, diciéndonos

que ya era locura el seguir subiendo. Yo, que los habia casi alcanzado retrocedí de muy mala gana. Entonces agarrándome del palo del guía, otros dos á mis espaldas, y otras á las de los que se apoyaban en las mias, formamos una especie de serpiente, cuyo pescuezo era yo, y la cabeza el guía; y clavando los tacones y el palo, descendimós con grande rapidez, aunque de vez en cuando alguno caíase, lo que varias veces sucedió al pescuezo, pero nunca á la cabeza. Así andando, á uno que hacia parte del cuerpo encajóse la pierna derecha en un agujero, y buen trabajo nos dió en sacársela; con este modo de andar no dilatamos en llegar al arenal.

Otro modo hay para bajar por la nieve: se sienta uno sobre un tercio, es decir, un saco de cuerda ó de cuero, un petate etc., resbalando por la pendiente hasta la arena; un palo largo y puntiagudo, sirve para mantener la direccion, para pararse, como para evitar los peñascos y precipicios. Yo antes de reunirme y formar la serpiente, quise ensayar este modo de andar; hasta donde la nieve estuvo tierna pude clavar el palo y dirigir la corrida á mi voluntad; pero un trecho hubo en que estando solidificada, mi palo no pudo clavarse en ella, y solo sirvió para hacerme perder el equilibrio y caer de lado: di dos vueltas rodando; pero como no perdí la tranquilidad, no solté el palo, y me pude parar y levantar por mí mismo: no dejé con este lance de asustar al guía y á mis compañeros, que me creyeron ya desbarrancado y hecho pedazos.

No bien habíamos llegado al arenal, que todas las nubes habian desaparecido como por encanto, haciendo un tiempo hermosísimo.

Llegados á los peñascos de las Cruces nos sentamos en



ellos para tomar algun alimento, despues de que nos levantamos para irnos; pero uno de los compañeros se rehusó diciendo que él se quedaria allí. ¿Qué sucedia pues con este compañero? ¡Estaba ebrio! Al subir con el guía habia agarrado la botella de aguardiente, tragándose, y todo de un sorbo, buena parte de ella: los vapores empezaren allí á atacarle la cabeza; se puso á injuriar y á decir una cantidad de impertinencias al guía y al peon; queria matarlos, darles de trompadas; en este estado tuve que arrastrarle casi por un buen cuarto de legua, queriendo á cada rato desasirse de mí para acometer al guía y al peon. Hallado finalmente el Sr. Huitrado, que nos esperaba con los caballos, hizole montar con él en el suyo.

Al día siguiente nos pusimos en marcha para Ameca. Durante el camino quedé admirado, ó mas bien horrorizado al ver el destrozo que los explotadores de la resina hacen de los ocotes: raro era el árbol que no tuviese en su pié la fatal herida. Mucha lástima me dió el ver que los árboles que se hallaban tirados y pudriéndose en el suelo, eran los mas altos y corpulentos. Se vé que explotada la resina el árbol seca.

En poco tiempo el ocotal será destruido, no quedando en pié mas que los de muy corta edad, que no volverán á alcanzar las dimensiones de sus padres. Pasarán muchos siglos antes que el bosque vuelva á la lozanía, al mérito en que diez, treinta ó cincuenta años hace se encontraba. Esta consideracion me causó tristeza.

El parage fué el lugar de descanso como de almuerzo. Este sitio se hallaba muy animado: nosotros, vivoqueando y comiendo; una cantidad de caravanas, mas ó menos numerosas pasaban por allí, sucediéndose unas á otras sin in-

terrupcion. ¡Oh qué interesantes trages!; qué hermosas figuritas! Cada sexo llevaba sus fardos adecuados; unos traian burro, en cuyo caso las personas cargaban como gentes, cargando como burros los pobres que no le tenian. Todo grupo de gente traia su molino, es decir, el metate: ademas, llevaban palos, petates, sombreros, canastos, gallinas, cerdos, en fin, todo aquel sinúmero de objetos que suelen traerse, ya para su profesion, ya para comerciar en una feria. Toda esta gente dirigíase á un punto comun, Ameca: á la feria de Semana Santa.

La vereda tenia una angostura, por la que debian pasar uno á uno; aquello era un desfiladero, un contadero de ovejas. El encuentro de nosotros allí, que en verdad no teniamos muy buena traza, hallándose ademas algunas armas de fuego; viendonos al pasar el desfiladero se volteaban, en particular las mugeres, con mucho recelo y susto, poniéndose luego á la carrera, volteándose mas léjos para ver si las seguíamos.

La vereda seguida por los indios, no era la misma de la que habíamos tenido nosotros para llegar allí, ellos la cruzaban, aunque muy oblicuamente, siguiendo mas la orilla del barranco; tal vez seria este camino mas breve ó mas cómodo del que seguimos nosotros.

Dejado este lugar seguimos nuestro camino hasta el Codo, nombre que di á este sitio, la primera vez que nos detuvimos en él para descansar, á causa de un ocote del cual salia un grueso ramo muy cerca del suelo y parecido á un codo, que nos sirvió á un tiempo de sofá y de perchero. Hecha allí una pequeña merienda, volvimos á la marcha y despues de otra hora y media de camino poco mas ó menos, estábamos en Ameca.



Un rato despues ibamos por la plaza con objeto de ver lo que habia en ella: hallábase mucho mas poblada y animada de cuando la habiamos dejado: pero la arena hacíase sentir demasiado, cansaba mucho el andar.

Al día siguiente por la mañana volvimos á recorrer la plaza; allí me convidaron á comer calabaza cocida; me agradó por hallarla muy jugosa y fresca. Nos llamaron la atencion unas grandes limas que parecian toronjas por su voluminoso tamaño, de las cuales nos abastecimos todos para llevar á México. Me admiró la frondosidad de los sauces que sombrean dicha plaza en su derredor, los que no tienen envidia á la de los fresnos; un pequeño caño que de continuo corre los riega y mantiene; el del lado Norte que tiene mas agua, se puebla muy á menudo de lavanderas. La iglesia tiene una sola nave, pero ámplia y no de mala forma y la torre afecta algo el carácter árabe.

Habia tomado ya el asiento de la diligencia para irme al día siguiente á México; cuando que, los señores Huitrado, Obregon y Lara vinieron en pos de mí para decirme, que habian pensado volver á Tlamaca y subir el volcan con otro guía que nos llevaria con toda formalidad al cráter. Que en cuanto á mi boleto serviria para el hermano del dicho Sr. Huitrado que debia volverse á México con los señores Noreña y Larrañaga, cuyos quehaceres les impedian detenerse por mas tiempo. Yo por mi parte sentia mucho volverme á México sin haber visto el cráter y acepté bajo estas dos condiciones: la 1ª, que no nos iríamos el día de Pascua sino la mañana del lunes; y la 2ª, que no habiendo previsto detenerme tanto tiempo, temia que no me alcanzara el dinero, en cuyo caso necesitaba que alguno de ellos me hiciera préstamo; lo que aceptado me quedé.

En la tarde del Juéves Santo, fuí con el Sr. Obregon y otro Sr. de Ameca, á poco mas de una legua al Norte de esta villa y á pié, tomamos por un camino ámplio y frondoso; pasado un arroyo nos metimos por una vereda dejando á la izquierda el camino principal, y atravesando trigales llegamos á un barranco cuyo paso estando tapado para resguardar el trigo de los animales, nos hizo rodear, y hallado uno pasamos; el arroyo que serpeaba en él era muy límpido, y nos dijo, el de Ameca, ser aquella la mejor agua de la comarca; quise gustarla y la hallé superior. El barranco estaba sombreado de mucha variedad de árboles, entre los cuales dominaban el capulín y el teposán; aquello era agreste y hermoso.

Atravesamos el pueblito de Chalma, y encontrado un collado bastante alto, subimos por una veredita muy empinada, serpeando á través de un bosque tallar, cuya planta principal era la encina, y llegados como á dos terceras partes de su altura, nos hallamos derrepente sobre un grande peñasco desnudo y algo plano, que llaman y con mucha razon el Mirador.

La vista que desde allí se disfruta es verdaderamente encantadora. Mirando de Este á Sur, se hallan las magestuosas montañas del Tlaxcuihuatl y Popocatepetl con sus fimbrias tupidas de bosques, que limitan de aquel lado la planicie. Girando la vista hácia el Sur, se descubre una llanura sin fin, con la villa de Ameca y el Saeromonte, hallándose á los piés el pueblito de Chalma. De Sur á Oeste, muchos pueblos con variadas cadenas de montes, entre las cuales dominan, la de Ajusco, de las Crucés, y el Nevado de Toluca, pero la atmosfera hallábase tan opaca, que estas últimas eran invisibles.



Al anochecer del Viérnes Santo fuí en compañía del Sr. Lara al Sacromonte, con el fin de presenciar la procesion de duelo. Nos pusimos casi al principio de la subida, al lado de una capillita, en donde se hallan hermosos cedros y un magnífico teposan, formando este con aquellos una especie de arco.

Era el crepúsculo ya adelantado; cuando una cantidad de gente con velas y un murmullo quejumbroso, nos indicó que empesaba la procesion, á la cual concurría la mayor parte de los vecinos de Ameca y de las poblaciones de la comarca, sin escepcion de posicion social, edad ó sexo: todos con su vela encendida y procediendo con muchísimo orden y seriedad.

Aquellos árboles iluminados por debajo producian, en union de la muchedumbre iluminada é iluminante, un efecto particular, sério y bello; aquello aumentaba la expresion de los personajes, y ofrecia un buen motivo del género Escenas Populares religiosas, asociado con el de Parques.

La union y uncion religiosa que reinaba en aquella muchedumbre edificaba, tocaba el corazon; producía un efecto tan conmovedor, que muchos ojos vertian lágrimas. Esta funcion con escepcion de algunos detalles, (1) me gustó sobremanera: me pintó un pueblo en el cual el espíritu religioso reinaba todavía; gentes cuyas esperanzas no acaban con el concluir de esta vida, sino que espera en otra venidera; que mira á la muerte no como fin extremo, sino como un pasage que guía segun hayan sido sus obras, á una feliz ó desgraciada eternidad.

(1) Como lo de un ginete en traje romano siguiendo el simulacro de N. Sr. muerto, que esmerándose con dar pruebas de su habilidad ecuestre distraía grandemente el espíritu de la multitud de su plácido y sublime objeto.

En la mañana siguiente fuimos al Salto, que se halla cerca de una legua y media al Nordeste de Ameca. Ladeamos el riachuelo ó arroyo que abastece á la poblacion, el cual corre en un barranco continuamente sombreado de cedros, capulines, encinas, teposanes y otros árboles que los mismos del lugar que nos acompañaban no conocían. El camino era variado y fresco; atravesamos el barranco dejándole á izquierda, siguiendo á poco otro con mayor cantidad de agua, el de la hacienda de Tomacoco, límpido y sombreado como el anterior. Atravesado un arroyo igualmente puro, subimos por una vereda boscosa y accidentada, que es la practicada por los neveros del corte del Ixtaccihuatl, los que encontramos al volver; y ladeado un trigal, nos encontramos en una rinconada formada por una roca de granito muy boscosa, bella de forma y de color; en la cual el agua cavose un canal que á primera vista parece artificial, pero examinándole bien, se conoce la obra de la naturaleza; este tendrá una altura vertical de 15 varas: en esta especie de caño se precipita el agua que es recibida en un barranco algo encajonado, cubierto de árboles y matorrales; todo muy salvaje. Por lo que concierne al juego del agua, es en todos sentidos insignificante, pero lo demás, es decir, la roca y vegetacion, son muy pintorescas.

La vereda sigue muy movida y trepa tortuosa y pintorescamente por entre peñascos y árboles; conduciéndonos á una especie de cueva tambien de granito, muy salvaje y bella; los árboles, matorrales, yerbas y musgos que la visiten, están dispuestos con una gracia salvaje y encantadora. La vereda sigue subiendo y prometiendo bellos motivos, y con grande placer hubiera seguido internándome en ella hasta llegar á las cimas nevadas del Ixtaccihuatl; pero los



compañeros me llamaron y volví. En este lugar, el Sr. Obregon sacó dos vistas estereoscópicas.

Luego descendimos al fondo del harranco poco lejos de la cascada, cuyo arroyo me incitó con su pureza á beber; su agua estaba fria como yelo. Este harranco no desmentia las bellezas que prometia desde arriba. La roca del otro lado formaba un poco de socavon, allí se puso un Sr. de Ameca sumamente jovial; quien habia traído consigo naranjas, aguardiente, azucar y algunas tazas; hizo una especie de licor que se toma caliente y llaman tecuá, de mucha fuerza y tónico, el cual, en aquel lugar, nos supo á gloria.

A orillas de este harranco trascendia no sé á qué, pero era sumamente grato; era un arbusto de dos varas poco mas ó menos de alto y ancho; su flor mas bien chica que grande; era solitaria, labiada y su color de un bello coral. Esta planta tenia alguna analogía con la salvia, y traje una ramita conmigo.

En la tarde, observando el volcan desde Ameca, me pareció verle despedir humo; entonces miré con mucho mayor cuidado, quedando mas y mas convencido, no ser aquello otra cosa que humo que salia del crater y así lo creí; hasta que vuelto á Tlamaca, conocí haberme equivocado; aquello no era humo, sino arena y nieve levantada por el aire.

La mañana del lunes nos dirigimos hácia Tlamaca. Le dia era hermosísimo. En el camino volví á admirar con gusto los bellos ejemplares de cedros, oyameles, cocotes, motivos de bosques y terrenos que al pasar la primera y segunda vez, tanto me admiraron.

El camino fuó muy alegre; todos chisteando; yo canté, chillé, y jamás tuve mejores pulmones que aquel dia. Llegados al lugar llamado el Paraje, lo encontramos solitario;

ya no pasaban por él romerías: estaba muy sério, triste; sin embargo, aunque este sitio sea el escogido para verificar los ladrones sus asaltos, nada nos sucedió; además, nos estuvimos allí para almorzar y descansar un rato.

Vueltos á la marcha, y andadas como dos leguas, torcimos á derecha y subiendo un poco llegamos á un arenal; la deamos una garganta y vimos, por un claro que esta ofrecia, los planos y los cerros que se hallan al Norte de Ameca. Entramos en otro arenal mas alto en el cual descollaba una especie de cerrito sumamente áspero, era el Ventorrillo; le subí, y mientras que mis compañeros se quedaron al pié escarbando, en busca de ídolos, apunté, á pesar del mucho aire que hacia, al Ixtaccihuatl que presentábase desde allí muy bello.

De este sitio se vé muy cerca el Pico del Fraile, el cual es una grande roca basáltica que se desprende del punto noroeste del cono, formando una serie de escalones; la parte superior de esta roca se halla en las nieves perpetuas. Este Pico, visto desde México, parece un corte entrante en el mismo cono.

Dos líneas de rocas se desprenden de uno y otro lado de dicho Pico, siempre disminuyendo su altura en direccion de Este á Oeste, hicieron parte, segun me pareció, de un cráter dispuesto en sentido inverso del del grande cono, y faltándole el labio Oeste, ya por haber sido volado ó derribado, tapando tal vez el mismo cráter, cuyo derrumbe daria principio al profundo y pavoroso harranco de *Neshpayantla*, cuya voz, en idioma mexicano, quiere decir, segun lo que un señor de Ameca me esplicó, lugar de teposanes; y segun otro mexicano, el Sr. Enciso, *neshpa* significa cenicienta, y *antla*, ancha; calidades que tiene la hoja